

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERRUEL: Administracion de *El Turulense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.

—No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Advertencia*.
- II.—*Crónica Aragonesa*, por D. Mariano de Cavia.
- III.—*Espronceda*.—*Su vida* (conclusion), por D. Faustino Sanchó y Gil.
- IV.—*Discursos pronunciados por Lupercio Leonardo de Argensola en la academia de Zaragoza*.
- V.—*Siete dias en Annam*, novela original (continuacion), por don Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*Mi Portero* (poesia), por D. Agustin Peiro.
- VII.—*Carta de Roma*.
- VIII.—*Libros recibidos en esta redaccion*.
- IX.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de fuera de Zaragoza que estuvieren en descubierto del pago del pasado trimestre, que se sirvan remitirnos prontamente dicho importe, bien por medio de carta á nuestra Direccion, bien por medio de sus amigos en esta capital, entregándolo en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.

Desde hoy no serviremos fuera de esta capital suscripcion alguna cuyo importe no haya sido anticipadamente satisfecho.

CRÓNICA ARAGONESA.

Salid al campo. La Primavera está entregada á los preparativos de su complicado tocador. Ofrece la pradera sus primeras flores, entreabiertas apenas y apenas humedecidas por el aljófár del rocío; el cielo ilumina su faz rosada con los colores más delicados, con los más espléndidos matices que brotan del pincel de Dios; el bosque, reposando de sus luchas con el ábrego invernal, le brinda la regalada música deavecillas canoras y de verdes ramas que suenan como arpas éólicas; el viento, en suave y amoroso soplo, le lleva el rústico aroma del tomillo y el sencillo perfume de rosas y violetas, harto preferibles al *ylang-ylang* y al *opoponax* que consumen las presuntuosas hijas de Eva... La Primavera se engalana, y la Naturaleza, sintiendo fermentar en su seno el vino de la juventud—como dijo Alfredo de Musset,—rinde á la hermosa copiosísimo tributo de sus más preciados dones.

Entrad en la ciudad. Los hijos de Cristo conmemoran el sacrificio más sublime, el poema más grandioso que han presenciado los siglos. El concierto de las mundanas alegrías ha cesado; áun los severos broncez, que há poco llamaban á la oracion, han enmudecido; piadosa muchedumbre de gentes recorre los templos rindiendo devoto homenaje á la magestad del Verbo Divino; ceremonias imponentes y simbólicos ritos despliegan su pompa despertando en el ánimo tiernos recuerdos y esperanzas inefables; los potentados de la tierra deponen su grandeza á los piés de humildes pordioseros, y abriendo las puertas del alma á la clemencia, conceden el perdon á desdichados criminales... La Religion del Crucificado celebra sus misterios más augustos y solemnes, y la Humanidad recuerda, conmovida por dulcísima gratitud, que á la afrentosa muerte del Justo debió su resurreccion gloriosa á nueva vida.

Los dias de la Semana Santa, saturados de las alegrías primaverales y las tristezas religiosas, ofrecen el contraste de realizarse á la par el armonioso festival de la Naturaleza—como ha dicho un amigo mio—y el místico duelo de las almas cristianas. Pero la vida y el mundo son continua sucesion de las más variadas y opuestas impresiones. Al alborear el dia de la Pascua, entre el tañido de cien campanas, los ecos de sonoras músicas y el ruidoso *aleluya* de la muchedumbre, se torna el luto en regocijo, y parece como que brillan más las flores, y es más grata la esencia con que embalsaman el espacio, y es más límpido el cielo azul que sirve de pabellon al lecho de la hermosa Primavera. La Pascua, por fin, nos la presenta revestida de todo su esplendor y acompañada por su séquito de enamoradas parejas y oscuras golondrinas, paseos higiénicos y zarzaparrilla atemperante, giras campestres y serenatas nocturnas, jaquecas, fluxiones y corridas de toros.

* * *

¿Qué ha ocurrido durante los pasados dias, por las viejas ciudades, pintorescos pueblos, ásperas montañas y florecidas vegas de Aragon? Nada que sea digno de registrarse en estas columnas, cuanto menos de grabarse en mármoles y broncez. Algun secuestro... algun suicidio... pequeñas notas des-

afinadas en el gran concierto social... ¿Quién se conmueve por cosas tan baladíes?—La atención de nuestros conciudadanos fijase hoy principalmente en las urnas electorales. Según cómputos que pasan por muy exactos, para cada distrito, contando unos con otros, hay hasta doce candidatos. Ha habido electores que han sacado su representación á pública subasta. Otros han exigido fianzas pecuniarias á los presuntos diputados. Alguno de estos, despues de ofertas sin cuento, ha dicho á sus contrincantes: *¿Hay quien dé más?* Y áun se ha tratado de votar por el sistema de acumulacion representantes de todas las profesiones, artes y oficios; por cuyo método bien pronto tendríamos un Congreso de procuradores, maestros de escuela, veterinarios, sastres, taberneros y aguadores, representantes de sus privados intereses, pero no de la nacion.

—El sistema parlamentario, decia ayer un maestro de obra prima, está ya muy gastado; hay que echarle tapas y medias suelas.

—¡Cierto, contestó un sastre, está muy gastado ya; es preciso volver el paño del revés.

—¡Nada de eso! añadió un almacenista de vinos; hay que desecharlo porque está adulterado: tiene muchísima *fuchsina*.

Estas diversas metáforas explican la necesidad de reformas serias, sólidas y eficaces para que el país... pero ahora caigo en la cuenta de que estoy hablando de asuntos vedados á mi competencia de cronista. La política es para mí la manzana prohibida. Me guardaré de ella, no sea que por hincarle el diente, venga un ángel—en figura de fiscal de imprenta—y me cierre las puertas de este Edén de las letras de molde.

* * *

Muchos de mis lectores habrán conocido—y éstos no le habrán olvidado seguramente—á un hombre de imaginación audáz, singulares ideas y múltiples proyectos de todo género, que por salir de lo ordinario, rayaban á veces en lo extravagante: era ingeniero y profesor del Instituto Provincial de Zaragoza; llamábase D. Antonio Sabas de Lesarri.

Su agudísimo ingenio é instruccion nada vulgar hacíanle concebir frecuentemente pensamientos que hubieran colmado de honra y de provecho á hombres que no juntasen á tales condiciones otras originales dotes de carácter, más propias para constituir un curioso tipo social que para brillar en empresas serias y trascendentales.

Recordaba yo estas circunstancias al recorrer, há pocos dias, las páginas de un periódico de París y hallar en ellas una serie de noticias y dibujos relativos á cierta empresa que concibió y pretendió realizar el difunto D. Antonio Sabas de Lesarri: la construccion de un ferro-carril de Jaffa á Jerusalem.

Este proyecto que al oirlo exponer á Lesarri, calificaban muchos de extravagancia y de quimera, está hoy en camino de pronta y útil realizacion.

Cuando el monótono traqueteo del tren y el agudo silbato de la locomotora resuenen junto al sagrado Gólgota y en las entrañas de los viejos cimientos del templo de Salomon; cuando presten

sombra á los primeros rails y wagones los olivos y sicomoros de Getsemani, ¿habrá una voz que salude el nombre de Lesarri, primer ingeniero que dió vida á la fecunda idea de llevar á los Santos Lugares los beneficios de la moderna civilizacion?

Posible es que haya quien se acuerde de aquel singular varon. Lesarri, ha muerto, y este es—¡miserable condicion de las cosas humanas!—el más poderoso motivo para que se empiece á rendirle tributo de justicia.

MARIANO DE CÁVIA.

ESPRONCEDA.

SU VIDA.

(Conclusion.)

Lo que sí sé, señores, es, que hay en el suelo natal una indefinible dulzura (y me valgo de palabras de Ovidio) que nos atrae, nos encanta y no nos permite olvidarlo. Lo que sí sé, es, que el destierro es una gran desgracia, fecunda en sentimientos de amabilísima ternura y tristeza, cantados con lágrimas muy bellas por Gresset y Michaud, y conocidos de Voltaire, que léjos de la patria tenia la vista constantemente fija en el Sprée, porque el Sprée cae en el Elba, el Elba en el mar y el mar recibe del Sena, aguas que han bañado los piés de París. Lo que sí sé, amigos míos, es, que el proscrito, cuando vuelve á sus lares, aunque encuentre que *los sepulcros ocupan el lugar de los alcázares*, siente la dicha que muy claramente se vé sentida en las poesías de Espronceda: dicha que no intentaré describiros, pues para ello necesitaría ser un Eurípides, un hombre parecido al que cantó la felicidad de Ulises al divisar el humo de su palacio en Itaca, ó poseer los pinceles de Virgilio y una arpa tan embelesadora como la de Ossian. Dejando, pues, estas filigranas, si no para los herederos de los cantores de Patroclo, refugiado en la tienda de Aquiles y de Cadmo, ausente de los muros de Sidon, para los que como Delille, pulsan afligida lira y conocen el bálsamo que la consuela,..... me limitaré á decir, en cumplimiento de los fines que me he propuesto y ávido de empezar á ver la última palabra de este discurso,—que á la mágica voz de amnistía, regresó á los campos patrios, con el alma estremecida de ventura y levantándose en ella delirios de poeta y sentimientos dulcísimos. Ya en España, y al frente de los negocios Cea, ingresó en la Guardia de Corps, en cuyo cuerpo se ganó muy pronto el cariño de sus camaradas y jefes, que saludaban en él la promesa más hermosa de la milicia.

No se hizo esperar un suceso que segó en flor las esperanzas de gran pompa, que doraban el porvenir del soldado poeta.

Hubo de escribir este unos versos alusivos á la política contemporánea; leídos en un banquete entre vivas aclamaciones y freuéticos aplausos; y habiéndose deslizado de mano en mano, cayeron en las del Ministro, quien los mostró al Monarca y le aconsejó castigara á su autor con la pérdida de la bandolera.

El Monarca llamó al Capitan del cuerpo; este abogó con energía en favor de su subordinado, apoyándose en sus raras dotes y en los excelentes servicios que tenia prestados, pero el Ministerio fué inflexible: Espronceda dejó de ser guardia y salió desterrado para la villa de Cuéllar, donde compuso una coleccion de cuadros que bautizó con el nombre de novela (*El Sancho de*

Saldaña) que por cierto no merece figurar entre las producciones de más mérito de esa clase.

Promulgado el Estatuto, tomó carta de ciudadanía en la prensa periódica, en las columnas de *El Siglo*.

Prohibidos por la previa censura los trabajos destinados al núm. 4 del diario, que entonces profesaba las ideas más avanzadas, Espronceda, defensor entusiasta de la libertad de imprenta, con el fin de protestar del veto que el censor pusiera á la publicacion de los materiales que le presentaran, propuso que se publicase en blanco el periódico. Asintieron sus compañeros á la propuesta; llevóse á cabo; de resultas fué vedada la continuacion de *El Siglo*, y su Director D. Bernardino Nuñez Arenas y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de orden de la Autoridad iban en su busca. (1) Desde esta fecha hasta 1840, Espronceda, periodista y orador, tomó parte en todos los riesgos consiguientes á sus opiniones. En 1835 y 1836 hizo barricadas en la plaza Mayor y pronunció fogosas arengas, y en Setiembre de 1840, apenas oyó desde los baños de Santa Engracia el grito del Ayuntamiento de Madrid, tomó la posta y fué á incorporarse á la octava compañía de cazadores, de la cual era teniente.

Victorioso aquel pensamiento, Espronceda abrasado por la fiebre revolucionaria, declaróse republicano y de sus opiniones de este color hizo alarde, en la defensa del *Huracan*, que pronunciara ante el Jurado por aquellos dias.

Temiendo que aquella rebelion no fuese fecunda en grandes resultados exclamaba:—«Yo bien sé que despues de las borrascas violentísimas, quedan insectos sobre la tierra, que corrompen la atmósfera con su fétido aliento.»—Justificando el grito de Setiembre y recalando la precision de dar otro rumbo á la nave revolucionaria, decia:—«Hasta ahora ha visto la Nacion que sus representantes, se han arrojado sobre ella para devorarla, como una horda de cosacos.»—Y creia que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habria que fusilar á la humanidad entera. El discurso abundó en frases de esta especie; obtuvo entusiastas aplausos y *El Huracan* fué absuelto.

Hé aquí, señores, una época que alguno de vosotros tiene la desgracia de haber conocido, segun sus respetabilísimas canas pregonan, en la que Espronceda hallábase en el *esplendor de su gloria, en la irradiacion más bella y melancólica de su vida, en la edad de lucidez mental, en que sus lábios despedían oráculos y sus ojos imperioso magnetismo*. Durante ella, subió una y otra vez las gradas de la tribuna, á fin de dar saludables consejos á la Revolucion, y vivió consagrado á sus tareas de propagandista, llevando á sus escritos y á sus oraciones la sávia del génio. En 1841, cediendo á los ruegos de sus amigos, y más aún, á los de su familia, aceptó el cargo de secretario de la legacion española en Holanda. Por Diciembre de aquel año salió para el Haya, regresando poco despues á Madrid á tomar asiento como diputado por Almería en las Córtes, donde convencido de que la palabra es el don de los dones y su música la más sublime de la naturaleza, *porque cada una de sus notas es una idea que contiene la semilla de un mundo*; convencido de que quien no pone en ella la verdad es un miserable, un criminal quien la hace aduladora, y de que *es la trompeta de un ángel que llamando al juicio de Dios á los culpables abre los cielos infinitos de una nueva vida*; él, amante de la justicia, anheloso por quebrar la tiranía, devoto de la causa de los débiles, defendió los santísimos fueros del Derecho, sin otro móvil que

el de obedecer lo que juzgaba un mandato del Eterno.

Peró el hombre que supo coronar de laurel su áurea lira, no llegó á conquistar la embriagadora gloria de esos reyes de la palabra que absorben el alma de sus oyentes y la confunden con la suya.

A falta de costumbre atribuyen algunos críticos la escasa brillantez de Espronceda en la tribuna parlamentaria; á falta de fuerzas físicas otros. Quien afirma «que tal vez en momentos dados fascinara á su auditorio, mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario balbuciente y mal seguro y solo por intervalos nervioso y prepotente, pero que nunca hubiese sido paladín temido en las lizas del Congreso.» Quien, que tuvo todas las cualidades del orador, sensibilidad, imaginacion, idea, voz flexible, palabra, claras nociones de justicia.

Pleito es este en el cual no soy el llamado á dictar sentencia, no solo por falta de autoridad, sí que tambien por las razones concluyentes que, aún callando, dá mi partida de bautismo. Mas por el estudio que he hecho de las obras de Espronceda y del poeta, soy de los que creen que el representante de Almería nunca hubiese sido un gladiador temido en ese Coliseo de la inteligencia que se llama Congreso, porque su génio inquieto le llevaba á otras cumbres del arte donde su individualidad pudiera desarrollarse en todas direcciones sin obstáculo alguno. De él puede decirse lo que Castelar de Byron: necesitaba volar. Su alma estaba demasiado cerca de la tierra en la tribuna, y allá en la poesía desarrollábase en toda su plenitud. Pienso que el númen oratorio *hervia en su conciencia y pugnaba por salir á sus lábios en borbotones de magníficas ideas encerradas en magníficas palabras*; pienso que hubiérase visto y oído en todas sus oraciones al cantor de *El Pelayo* ó de *El Pirata*, la lira de *El Mendigo* ó de *El Verdugo*, notas del himno *Al Sol* ó de la elegía *A la pátria*; pienso que los discursos del ilustre extremeño hubieran tenido como tienen los de Víctor Hugo las mismas cualidades que sus composiciones poéticas. Cabe que en sus lábios hubiesen perdido energía, por carecer de ese don admirable de la elocuencia, á quien llamaba Eurípides soberana de las almas. Ahora, que Espronceda siendo y no siendo orador habria enriquecido la literatura española desde la cumbre de la tribuna, estimo que es cosa indiscutible.

Y llegamos ya al instante en que el mejor de nuestros héroes, dejando caer la cabeza, dolorida por la agitacion y el trabajo, dispónese á pasar al otro lado de la montaña que cierra el triste valle de las lágrimas. ¡Aquí concluye la vida y comienza la muertel... Decaída la salud de su complexion delicada, efecto de los placeres á que siempre estuvo entregado nuestro gentil poeta, y quebrantada en gran manera por el viaje que hiciera á El Haya, en lo más frio del invierno, atacóle una inflamacion en la garganta que á los cuatro dias de lucha, el 23 de Mayo de 1842, le hizo cerrar para siempre los ojos en los brazos de sus amigos del alma.

Murió célibe, desposado con su ideal, de cuyo matrimonio tuvo hijos inmortales.

Murió como han muerto los grandes solitarios, los que nacieron, no para vivir, para poetizar; como han muerto los que á pesar de conceder tributos á la materia, aman lo ideal, están enamorados de las ideas y se sostienen idolatrando los frutos de bendicion de su cariño: sus obras, «inmensa prole que engendra cien generaciones de almas en toda la dilatacion de los tiempos.»

Tan temprana muerte aflijó á toda España conmovida por la inspiracion del poeta legendario, y el sentimiento por la pérdida de este tomó en Madrid al si-

(1) Ferrer del Rio.

guiente día el carácter de duelo público. El cortejo fúnebre—formado de las notabilidades literarias de la capital, gran número de Senadores y Diputados, oficiales de la Milicia, gente aristocrática y gente plebeya,—marchó entre el triste tañido de las campanas, una lluvia de flores y los ecos de una marcha patética tocada por la banda del tercer batallón de nacionales.

En aquel concurso del que formaban parte, entre otros, el Presidente de las Cortes, el Patriarca de las Indias, el Conde de las Navas y el insigne Viardot, faltaba Beethoven. ¿Por qué la providencia no consintió que entónces viviese el Miguel Angel de la música? Tal muerto, bien merecía una *marcha fúnebre* escrita por tal maestro.

Descendido el ataúd en medio de la mnchedumbre apiñada en el cementerio de la Sacramental de San Sebastian, fué depositado en el nicho donde ha de reposar siempre. Enrique Gil, el sentimental Enrique Gil, aquel cuya delicada lira olfa á violeta, leyó *llorando*, bellísima composición para despedirse del *lucero milagroso* que iba á gozar

La gloria inmaculada

De Calderon, de Lope y de Cervantes;

Navas y Brabo, y Romero Larrañaga y Julian Romea, cubrieron de lágrimas y de flores la tumba que iba á cerrarse, antes que el sacerdote esparciese sobre ella preces y agua bendita, y el arrebatador tribuno D. Joaquin María Lopez, al arrojar sobre el cadáver un puñado de tierra, pronunció un discurso inspirado, lírico, en elogio del sublime vate, que sabia encerrar en formas perfectas los tesoros de su pensamiento y tender entre tempestades de aplausos cadenas invisibles, á las cuales se prenderán siempre los corazones como esclavos de aquella magia, cuyo poder sobrenatural es uno de los misterios de las poesías del que es una de las honras más puras de la humanidad.

Si alguno de los que me escuchan formó parte del numerosísimo concurso, que se reunió en la iglesia de San Sebastian hace treinta y seis años, con el objeto piadoso de tributar los últimos honores al noble poeta de Almendralejo, podrá decirnos que el entierro de Espronceda fué el más brillante que jamás se ha hecho por el pueblo, á un hijo del pueblo. Porque, señores, ¿sabéis cuál es el último y más valioso homenaje que puede rendirse á un grande hombre? Me valdré de palabras de D. Estanislao Figueras, tan conocido en el foro y en la tribuna..... Un pueblo honrando su memoria con el luto y el dolor. Con luto y dolor honró el pueblo á Espronceda el 24 de Mayo de 1842. Mas ¡ay! señores, cierto que en medio de honras soberanas, con abundantes lágrimas, se selló y regó la urna cineraria del autor del *Diablo Mundo*, mas también lo es que hoy está olvidada y casi borrado el epitáfio que anuncia ó recuerda al pasajero en un Campo-Santo de la corte, dónde se guarda el manto de ceniza de que se desprendió el alma más artística, al volar á las plácidas y serenas regiones donde el sepulcro se trueca en concha del bautismo de la eterna vida.

Señores: nunca me cansaré de lamentar lo olvidadiza que es España con sus más ilustres hijos; con los sábios, artistas, héroes y grandes navegantes que han ilustrado nuestro nombre y que han convertido la más rica de las lenguas en lengua de la gloria y de la sabiduría.

No busqueis aquí, amigos míos, las señales de agradecimiento sublime que hay en Turin, en las plazas de Milan, en las galerías de Florencia, en los pórticos de Salerno, en las cimas del Pincio, en todo ese país que se estiende entre los Alpes y el mar de Teócrito, y que ornado de maravillas, recuerda la armoniosísima belleza de los templos de la Jonia. En parte alguna hallareis, ni la efigie del descubridor de Amé-

rica, ni una sombra de recuerdo de la gloriosa escuela Salmantina que verificó el Renacimiento español, ni monumentos elevados á la memoria de alguno de los preclaros varones de nuestro siglo de oro ó del siglo de Moratin y Melendez Valdés, ni mármoles que honren el nombre de nuestras grandes personificaciones en la Edad Media, ni columnas que testifiquen no hemos olvidado lo que debe la humanidad á la España que dió á Roma Fabios y Sénecas, emperadores y poetas como Marcial, el autor de *La Farsalia* y como el *pio, felice triunfador Trajano, ante quien muda se postró la tierra.*

Lo que sí hallareis es que el convencimiento de que ni aun sabemos conservar las cenizas de aquellos ingenios, cuya fama es proverbial, hasta en las más apartadas aldeas. No quiero acordarme de que al demolerse la catedral de San Donato en Brujas no nos curamos de rescatar de entre los escombros los restos de Luis Vives, pero sí de que ignoran el convento de las Trinitarias y las iglesias de San Sebastian y de San Nicolás, donde se hallan los de Cervantes, Lope y Juan de Herrera. La catedral de Sevilla perdió el sepulcro de Alonso Cano; la Seo, el de Argensola; sábese que estuvo en el antiguo templo de San Juan el de ese caballero Velazquez, que no lleva el sobrenombre de primer pintor del mundo, porque vivió, no en Italia, sino enjaulado en el palacio del cuarto de los Felipes: nadie recuerda la sepultura de Cláudio Coello: en cambio quizás hollamos el polvo de Tirso, del P. Mariana, de Moreto, de Solís, de Melo, de Vallés, de Juan de Juanes ó de Goya.

Entristece, señores, el infortunio á que tenemos condenadas las glorias nacionales. Felices tiempos aquellos en que los brazos de un rey servian de almohada mortuoria á Leonardo de Vinci; en que Carlos V recogía del suelo el pincel que se le cayera al Tiziano, en que Rubens y Jordan eran recibidos en los palacios con honores de príncipe, en que toda la sociedad vestía de luto á la muerte de Lope de Vega y en que á Rafael se le dió por mausoleo el Panteon! Mucho más que los actuales, tan olvidadizos de los españoles insignes que no pocas veces traen á mi memoria á la pobre Ofelia, creada por el gran Shakspeare. Sin embargo, en una época en la que, segun el chistosísimo M. A. Príncipe, el zapatero se llama *artista de calzado*, el tabernero, *comerciante en vino*, artista el *torero* y el verdugo *oficial de la justicia*; casi no debe indignarnos el que sean muchos los que ignoran que la Avellaneda y Narciso Serra ya no existen, que las calladas liras de Monroy, Lope García y Larmig, colgadas estan de un sáuce y que al pié de este descansan la seca paleta de Rosales y la cerrada caja de colores de Fortuny; casi no debe estrañarnos el que no hayamos caído en la cuenta de que quien conquista laureles tiene derecho á dormir en mármoles y bronce.....

Señores, voy á concluir. En pobre nicho está guardado el cantor de *El Pelayo*, y sin embargo aquel cenobio es grande, porque en su lápida borrosa por causa de la humedad y de los años aún se lee: *Espronceda*. ¿Quieres honrar al César? llámale César, ha escrito Shakspeare. ¿Quieres honrar á Espronceda? Llámale Espronceda. ¿Qué estatua, ni aún salida de las mágicas manos de Cánova, qué himno, ni aún el que, creado por un Píndaro, hubiese esculpido el buril de un Cellini en la piedra funeraria del que ha cantado el dolor como nadie—dirian, lo que dice ese nombre en su mudéz sublime?

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

EN LA ACADEMIA DE ZARAGOZA. (1)

DIA PRIMERO.

No es el intento de los que aquí se juntan con nombre de académicos, solamente ocupar en conversaciones apacibles y sin perjuicio las horas que más peligrosas suelen ser para la juventud, aunque este fuera rico fruto y que pudiera enamorar á cualquier gentil espíritu, sino tambien sacar materia para que en ninguna ocasion les falte apacible ejercicio con que librarse de la ociosidad, fuente de donde se derivan los vicios. Esta es verdad tan conocida que no hay para qué probarla, pues cada cual dará testimonio de ella si examinare su vida. Tampoco se contentan solo con huir de los vicios, como Horacio en la primera epístola que dice: *Virtus est vitium fugere*, sino con San Pablo creen que *Virtus est recedere á malo et facere bonum*. Pero no se trata aquí de esta virtud alta para hacer ostentacion de ella, sino sólo de las armas que tienen contra los vicios que disfrazados en hábito doméstico se nos meten por las puertas.

Uno es el bien y una la felicidad; pero por diversos caminos la pueden alcanzar los hombres: uno de ellos es la vida civil y política, en la cual, como los tropiezos son más, las leyes más anchas y los ejemplos menos, son tambien los ánimos más indomables y es menester con artificio engañarlos, como Lucrecio dijo en el libro 1.º

«Sed veluti pueris absynthia tetra medentes
Cum dare conantur, prius oras, pocula circum,
Contingum mellis dulci flavoque liquore,
Ut puerorum aetas improvida ludificetur
Labiorem tenuis; interea perpetet amarum
Absynthi laticem, deceptaque non copiat,
Sed potius, tali facto recreata, valescat:
Sic ego nunc, etc.»

Y por cuanto Tasso, imitando á Lucrecio, dijo:

«Sai che lá corre il mondo ove piú versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnasso
E che 'l vero condito in molli versi
I piú schivi alletando ha persuasso,
Cosí al egro fanciul, porgiamo aspersi
Di suave licor gli orli d'il vasso
Suchi amari, ingannato in tanto ei bebbe
E dal inganno suo vita ricebbe.»

La verdadera y legítima poesía es quien mejor que nadie sabe hacer estos engaños, la cual abrió camino á la filosofía moral para que introdujese sus preceptos en el mundo: así lo dijo cierto autor en estos versos:

«Antes que la moral Filosofía
Públicamente al mundo se mostrase,
Disimulada anduvo en la Poesía,
Porque con sus regalos obligase
Al ánimo del hombre no domado
A que sus duras leyes aceptase.

(1) Halláanse estos discursos en la Biblioteca Nacional, en un manuscrito cuya signatura es X-53. Fól. 135-146. Ya los sacó á pública luz la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, que con tan grande acierto ha dirigido nuestro erudito colaborador y paisano, el Sr. D. Toribio del Campillo; pero como dicha Revista es muy poco conocida en el Reino de Aragon, hemos creído oportuno reproducirlos en la nuestra, copiándolos con arreglo á la moderna ortografía, y no siguiendo la antigua, como hizo la Revista del señor Campillo.

En cuanto á la Academia donde pronunció estos discursos el menor de los Argensolas, es probable que sea la de los *Anhelantes*, en la cual tomó Lupercio el nombre de *Barbaro*, por razones que con mucho ingenio y satírica intencion explica en una de sus composiciones poéticas.

Así el caballo el áspero bocado
Suele admirar del espumoso freno
Con la sal que le aplican engañado.

Porque al sentido es áspero lo bueno,
Con lo dulce engastarle es conveniente
En cuanto de lo justo no es ageno.

Así al enfermo el médico prudente
En las cosas de gusto que le pide
Le dá las que aborrece y no consiente.

Así del hijo tierno el padre mide
Los juegos con la edad, y en la primera
Los que en otra negará no le impide.

Orfeo y Anfion de esta manera
Hicieron leyes y pudieron tanto
Reduciendo á quietud la gente fiera.

Fingió la antigüedad que con su canto
Pudo el uno bajar al Reino oscuro
Y suspender sus furias entre tanto,

Y el otro con su lira el alto muro
De Tebas fabricar, yendo llamadas
Las piedras, sin tocarlas hierro duro.»

No todo se manda y aconseja en los sagrados templos, no todo se enseña en las escuelas y cátedras; en una y otra parte nos remiten á lecciones domésticas, donde sobre cada paso se puede pedir ó dar consejo, aprobar ó reprobar las cosas. En las escuelas el maestro lee, los discípulos oyen, siempre una materia continúa; él manda, ellos obedecen; de donde procede menos gusto. En estas juntas y conversaciones todos somos maestros y discípulos; todos mandamos y todos obedecemos, comunicando las profesiones diversas y tomando cada uno lo que há menester para la suya. El que profesa letras ayuda al que profesa armas, y éste al otro. Aquí el que lee historia, refiere lo que halla en ella digno de reprension ó de alabanza, así en el ejemplo como en el estilo. Lo mismo hace el que gusta de los poetas; consúltanse las dudas, mézclanse cuentos, motes, risas, y finalmente no poniendo cuidado en aprender, se halla uno enseñado en lo que le conviene, como el que navega durmiendo y despierta en el puerto sin haber padecido el trabajo de la navegacion.

No le basta al teólogo saber profundas cuestiones (digo no le basta para el trato civil) si no las sabe sacar de entre aquellas espinas de los argumentos *utrum, ergo, nego, probo*, que en los claustros y en las escuelas se usan. No al jurisconsulto le basta hablar (como ellos dicen) siempre con la ley, si ha de granizar digestos y parágrafos, mezclando intempestivamente sus fórmulas en la conversacion ordinaria. Estos se hallarán nuevos y atónitos en un palacio ó junta de cortosanos causándoles risa y materia de burla. Lo mismo acaecerá al caballero que no sepa más que andar bien á caballo y ser muy diestro en las armas ejercitando las fuerzas; es menester que cuando hablare con letrados, no desmence por sus nombres las piezas del arnés, ni las reglas de andar á caballo, justar, tornear, jugar cañas, ú otros ejercicios militares, sino de aquello trate templadamente y á propósito. Lo mismo digo cuando hablare con damas y señoras: es muy necesario que no ignore las causas y misterios que hay en las mismas armas que profesa, porque hasta los colores tienen su significacion no vulgar. Y en el repartimiento de los cuarteles, y en el asiento de las figuras, en los escudos de armas, se echa de ver si son legítimas ó bastardas, si procedieron de hazañas dignas, calificadas con la autoridad del príncipe, ó de licencia é ignorancia del que las quiso pintar así. Tambien del origen y uso de las banderas, estandartes, cometas, dragantes, y otras especies de insignias militares, para no usar de las unas cuando había de usar de las otras. Tambien la diferencia que hay de traer timbre con celada abierta ó cerrada, traerle de

lado ó cara á cara; para no incurrir en yerros que, aunque no se castigan en la plaza ni los condena el vulgo, hay personas cuerdas que lo hacen, y más debe estimarse ó temerse el parecer de una de estas que el de un ejército de ignorantes.

Es la alegría y la gala muy importante instrumento para la milicia, y quien le usa ha de saber aprovecharse de él. Sería proceso infinito discurrir por cada cosa de estas, y como dice Horacio en la primera sátira:

*Cætera de genere hoc adeo sunt multa, loquacem.
Delassare valent fabrum, etc.*

Todo esto, pues, se aprende aquí sin trabajo por medio de esta conversacion apacible. Alguna vez tambien se pone la mano, como se ha visto, en la poesía latina y española, siguiendo á veces, y á veces luchando con la naturaleza, bien que todo esto templadamente, porque ninguno aquí pretende el nombre de poeta, sabiendo que un poeta mediano es de ningun precio y un poeta grande pasa un siglo ántes que se vé; porque el ingéñio y el estudio poético han de concurrir muchas veces. Así dijo Ariosto:

*Son come i cigni anco i Poeti rari
Poeti che non sian del nome indegni.*

Mas no por esto deben abstenerse de hacer algunos versos para ejercitar el ingéñio, ni dejar de entender los poetas, porque como al principio dije, enseñan deleitando. Ni crea nadie que Platon los excluyó de su República; ántes para poderla hacer fué necesario que el mismo Platon la fingiese haciéndose poeta. Ni Boecio cuando introduce á la Filosofia reprendiéndole porque se entreténia y consolaba con las musas en la prision, quiso decir que no se han de hacer versos; porque si esto entendiera, no usára de ellos despues en el mismo libro, ni los pusiera en boca de la misma Filosofia. Lo que quisieron decir fué que no se ha de reparar solamente en la dulzura de los versos, ni tomarlos por ministros para los vicios; de la manera que un soldado sería reprendido si al tiempo de pelear se contentase con solo oír la trompeta y cajas sin menear las manos, ó usase de estos instrumentos para no lícitos asaltos, contra sus amigos ó cometiendo delitos atroces.

Mas en aprobacion ó alabanza de los versos ¿para qué son menester otros argumentos más que estos? Parte del Viejo Testamento está escrita en versos, dictados por el Espiritu Santo. La Iglesia Católica en todas las horas los canta con gran gloria de esta insigne ciudad, pues muchos de ellos son de Aurelio Prudencio, su ciudadano. Digo que fué su ciudadano, aunque ambiciosamente quieren que lo sea de Calahorra ciertos autores modernos castellanos, en contradiccion de muchos antiguos y del mismo Prudencio, que en diversas partes dice que fué su pátria Zaragoza. Pero lo más que se puede decir de los versos es que el mismo Cristo, cuyas obras y palabras fueron leccion y enseñanza, dijo versos (que esto quiere decir himno) poco ántes de su Pasion. Esto he dicho de paso á los que reprenden el hacer versos.

Digo, pues, que el intento de esta Academia es hacer una confeccion ó masa de diversas profesiones, no ruda ni indigesta, como la que dice Ovidio, sino odorífera, cual los médicos suelen aconsejar que se use en tiempo de peste. Peste es la ociosidad, y más rigorosa peste la ignorancia. Ninguna noche el que aquí se ajunta deja de llevar algun fruto para el gobierno de sus pasiones, de su República ó de su familia. Aquí se ven al vivo las Noches Aticas de Aulo Gelio, y las Saturnales de Macrobio. Y no contentándose los académicos con ejercitar solamente las fuerzas del ingéñio, quieren tambien ejercitar las del

cuerpo y la destreza de las armas. Y así uno de ellos ha propuesto mantener un torneo de á pié á los caballeros académicos, y á otros cualesquiera en la forma que se verá en su cartel. Favorezca, pues, todos los nobles espíritus esta Academia; cuyo fin es mezclar lo útil con lo dulce (que es el punto más difícil), amar y reverenciar á los que lo merecieren, enseñar á obedecer á los superiores, tener correspondencia con los iguales, y no menospreciar á los inferiores; y finalmente, como dice Horacio, hacer

*Id quod eque pauperibus prodest locupletibus eque,
Eque neglectum pueris, senibusque nocebit.*

Con que se dá fin á la junta de esta noche.

(Se concluirá.)

SIETE DIAS EN ANNAM.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

El mercader á su vez le apuntó tambien y tiró. ¡Mas no sonó detonacion alguna!... ¡El agua del Hued-Sahó habia mojado la pólvora!...

Entónces el indio disparó.

La bala se perdió en el espacio. A su silvido se estremeció Kourah y sacudió sus inconmensurables orejas, pero siguió adelante.

Mas la carabina del indio era de dos cañones; así es que apuntó y disparó de nuevo. Esta vez sonó un gemido y desplomándose el infortunado padre, rodó desde la espalda de su montura al suelo. Tenia atravesado el pecho.

El elefante, antes de que el indio tuviese tiempo de cargar de nuevo, se precipitó contra él y ciñéndole por la cintura con su trompa como con un férreo anillo, le suspendió en alto.

Oyóse un crujido de huesos motivado por la vigorosa presion de aquel cinturón animado, y luego, el mutilado cuerpo del indio, violentamente despedido contra una roca que habia á quince pasos, fué á estrellarse en ella. El triunfante Kourah se adelantó amenazador y terrible hácia Sengi que, como hemos dicho, se hallaba á unos veinticinco pasos del sitio de la catástrofe anterior.

El maratha habia cazado efefantes en las selvas de Berar antes de hacerse bandido y pirata, y sabia que sólo son vulnerables en una depresion de medio palmo de diámetro que forma su cráneo en la parte superior de la frente, ó bien en el canal auditivo.

Bajó de su caballo, reclinó sobre el césped á Radhiah y se puso á apuntar con el mayor detenimiento.

Cuando Kourah se hallaba á diez pasos escasos disparó.

El mónstruo se detuvo, vaciló un momento sobresus piernas y cayó haciendo retemblar el suelo y exhalando un espantoso rugido.

Era el mismo que Jaime de Alba y Sir Humberto habian tomado por el eco de un trueno lejano.

Hecho esto, Sengi, sin detenerse á más que á cargar su carabina y á recobrar su preciosa carga, prosiguió su marcha.

Apénas habian pasado diez minutos cuando se presentaron en aquel sitio Sir Humberto, Jaime y su guia.

—¡Llegamos tarde! ¡El crimen se ha consumado!...

—¡Este hombre aun vive!—dijo el botánico aproximándose al mercader.

—¡El padre de Radhiah!—exclamó Jaime.

Tay—su abrió los ojos, y reconociendo al español, le hizo seña de que se acercara.

Yao entretanto le introdujo en la boca unas gotas de aguardiente que le reanimaron por un momento.

—Mi hija,—dijo el joyero trabajosamente al aventurero,—me ha sido robada por un indio de mi escolta... véngame y sea tuyo su amor.

—¡Lo juro! Puedes morir tranquilo.

—Y yo también,—añadió Yao en lengua annamita.

—No lo olvideis... mi Daumachi reside en Asimbay y os entregará todos mis tesoros presentándole esta sortija... tómalala tú, apasionado joven... hijo mio... y haz feliz á Radhiah...

Al decir esto espiró.

—¡Le vengaremos!—gritaron á la vez los dos europeos.

—¡Y muy pronto!—añadió Yao empapando un pañuelo en la sangre de su compatriota. Y despues de examinar el terreno, exclamó señalando las huellas del caballo de Sengi, y espoleando al suyo.—¡Por aquí ha huido!... ¡A escape!...

Los dos europeos le siguieron.

VIII

LA FUGA DEL MARATHA.

Entretanto Sengi, despues de haber corrido á toda brida durante dos horas y no sospechando que era activamente perseguido, se detuvo á la entrada de un sombroso bosque.

Mas tuvo la precaucion de colocarse en una eminenca desde la que se descubria una gran extension de terreno.

De allí brotaba un fresco y cristalino manantial á cuya orilla se sentaron él y Radhiah, en cuyo hechicero semblante se veia impresa una apenadora expresion de tristeza y melancolía.

Y sin embargo ignoraba el trágico fin de su padre á causa de hallarse desmayada aún, cuando aquel dió alcance á los dos indios.

Mas de todos modos el rapto de que era víctima la arrebatava al cariño paternal y al porvenir de amor y ventura que con Jaime habia soñado.

Por eso, cuando su vista se detenia en la impasible y bronceada figura del maratha, una implacable cólera y un destello de odio animaban su rostro.

Sengi, despues de un rato de silencio, dijo así con acento tranquilo y reconcentrado:

—La indignacion y el horror que te causo asoman de continuo á tu semblante, sólo para sonreir hecho, mas es tal la fuerza de mi efecto que tal vez en día no lejano depondrás la esquivéz de que hoy haces gala.

Una amarga é irónica sonrisa se dibujó en los labios de Radhiah, que guardó silencio.

—Ya en Benares, apenas logré admirar en tí un inapreciable de dicha y pureza....

—¡Maldigan los cielos hora tan funesta!—exclamó con fiera impetuosidad la hija del joyero.

—Cautivóme tu hermosura y desde entónces no viví más que para amarte, ni soñé más que en poseerte. Con paciente constancia seguí tus pasos por doquiera, me embriagué en la contemplacion de tus encantos é inquirí todo lo que á tí se referia. Mil veces pude presentarme en tu casa favorecido por plausibles pretestos, mas ¿para que? Sabia que llegaria tarde; amabas ya á un blanco que á estas horas habrá olvidado tu ausencia...

—¡Oh! ¡te equivocas, miserable! Jaime me ha seguido.

—Y sin duda me he anticipado yo á sus propósitos como él se anticipó á tu amor!—dijo Sengi.—Mas que

se halle ó no aquí me importa tan poco como de tus insultos... nadie será capaz de arrebatarte á mi poder, como nadie sabrá adorarte del mismo modo y ofrezerte un porvenir más grandioso ..

—El de un esclavo!

B. MEDIANO Y RUIZ.

(Se continuará.)

MI PORTERO.

Tengo un portero.—José se llama, y es un varon que ya raya en sesenton, y vive del tira-pié.

Es un hombre estrafalarío, y de tan vária fortuna, que viene desde la cuna siendo en todo extraordinario;

Pues con ser hombre formal, honrado padre y marido, crímenes ha cometido como ningun criminal.

Ha sufrido altos y bajos, múltiples trasformaciones y en diversas ocasiones venturas, duelos, trabajos.

No tiene, si bien se mira, estado civil ni edad; vió nacer la humanidad, aunque parezca mentira.

Vió á Noé salir del arca, fué de Salomon copero, y sirvió de ballestero á Domenicho el Tetrarca.

Comió pasas en Corinto, y fué Suffeta en Cartago; camillero de un rey mago, y obispo de Cárlos Quinto.

Servidor de la credencia en la Córte de David; despues, capitan del Cid cuando conquistó á Valencia.

Soldado con Mitridates; rey en Escocia y en Tracia; criado de una farmacia, y barquero en el Eufrates.

Ha sido diablo y profeta; vió morir al Redentor; y á Nabucodonosor cepillaba la chaqueta.

Fué comerciante fenicio, bonzo en la India, y sacristan, moro de rey en Tetuan; familiar del Santo Oficio;

Canónigo, general, príncipe, juez y soldado, ha recorrido el menguado toda la escala social.

Pero es lo más portentoso de su historia peregrina, que una vez con estrignina, otra en suplicio afrentoso,

Otras con fiera cuchilla, y veces mil fusilado, tantas veces lo han matado que ya raya en maravilla.

Y en medio á tanto accidente, el bueno de mi portero

sigue siendo zapatero con asombro de la gente.

No hay mejor filosofía que la suya: así se ufana, y á toda flaqueza humana prefiere su portería.

Pero basta de comentario; os daré la explicación de tanta transformación, porque no digáis que miento.

Todo lo ha sido de farsa el bueno de don José... ¿y sabéis por qué?... Porque es del teatro... comparsa.

AGUSTIN PEIRO.

CARTA DE ROMA.

Al anunciar en nuestro último número que el pintor aragonés D. Francisco Pradilla había terminado los dos cuadros destinados á las Casas Consistoriales de Zaragoza, manifestábamos nuestra esperanza de poseer bien pronto nuevas noticias acerca de esas obras, dignas sin duda del pincel brillantísimo que las ha legado la ciudad del Ebro.

Los benévololectores de la REVISTA DE ARAGON recordarán seguramente lo que dijo nuestro diligente corresponsal en Roma, D. Joaquín Pallarés, al describir el retrato de Alfonso I. Hé aquí lo que nos dice, en carta recientemente llegada á nuestras manos, sobre el retrato de Alfonso V:

«Aparece en este lienzo un anciano venerable, de expresión inteligente y enérgica. Está el sábio político de pié, y con la mano izquierda, apoyada sobre el pecho, oprime un pergamino que sin duda acaba de leer, no á satisfacción suya, porque su mirada está llena de indignación. ¿Le encoleriza acaso alguna nueva perfidia de Juana de Nápoles, aquella reina tan ingrata para con su libertador?—La mano derecha no se vé, porque está oculta tras la espalda.

Posee este retrato una entonación enteramente opuesta á la del de Alfonso I. El de Alfonso V la tiene vigorosamente acentuada; hay brillantéz de luz y riqueza de color; el fondo es sencillo y sóbrio en sus matices.—Describiré ahora el traje del rey. Viste una túnica amarilla, sobre la cual lleva el ropon talar, en el cual ostenta sus armas. Muy agradable es el efecto que producen este ropon, la túnica y parte de otra de lienzo blanco que deja el cuello descuberto. Las medallas é insignias reales, pendientes del cuello, están ejecutadas con rara habilidad.

El fondo, como he dicho, es oscuro y hace resaltar la figura. A la izquierda de esta hay una ventana que deja ver el golfo de Nápoles y el Vesubio; sobre el alféizar hay varios pliegos, libros y otros objetos, pintados todos de mano maestra, así como el sitial que se vé detrás del rey, cubierto de telas y brocados. Del alféizar de la ventana pende un paño bordado que ostenta las armas de Aragón y Sicilia.

Pronto serán enviados á España ámbos cuadros. Zaragoza estará de enhorabuena, poseyendo dos buenas obras de su distinguido hijo Francisco Pradilla.

A pesar de que los retratos son excelentes, el autor no está muy contento de ellos, porque dice—y dice bien,—que mejor los hubiera pintado con algunos datos más; pero sabido es que de esas épocas son muy pocos los bustos y medallas que hay, y si algo se encuentra, no es auténtico, particularmente del tiempo de Alfonso V. Sin embargo, Pradilla ha sacado mucho

partido de ámbos retratos, y otro no hubiera hecho lo que él ha conseguido hacer.

Es muy probable que los exponga en su estudio; y en este caso, cuidaré de participar el efecto que causen en los artistas y críticos de Roma.

Pradilla se dispone ahora á partir para Granada á fin de hacer estudios para su cuadro de Boabdil. Nada ha hecho todavía; se equivocaron, pues, los periódicos que dijeron que ya estaba pintándolo.

Otro día daré noticia de Villegas, pintor de mucho talento, cuyo nombre es muy conocido ya en los centros artísticos de Londres y París.»

Infórmanos á seguida nuestro corresponsal de la estudiantina española que há pocos días anduvo por las calles y plazas, teatros y palacios de la inmortal ciudad de los Césares y los Papas; pero, aunque nos ofrece la carta curiosas y variadas noticias, no nos parece oportuno transcribirlas, porque no son muy honorosas para los estudiantes en cuestión y porque contradicen en no pocos puntos las que han enviado desde allí otros corresponsales periodísticos, más inspirados sin duda por el amor á la pátria que por el amor á la verdad.

Contaban de fijo los fautores de esta nueva Odisea artístico-estudiantil con los favores de la fortuna que tan pródiga se mostró con los Zabaletas y Castañedas que fueron durante unos días las delicias de París; pero—ya lo dice el proverbio latino—*non bis in idem*. Y esto sin contar que para empresas tales son de precisión ineludible ciertas condiciones y elementos que faltaban seguramente á esos jóvenes que han llevado á Roma, á guisa de viajeros de comercio, una serie de muestras de las clásicas costumbres de *la tuna*.

Lo sentimos por el pabellon español, que anda por esos mundos de Dios cubriendo tan averiadas mercancías.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

LA CODIFICACION CIVIL, con un resumen de las legislaciones forales. Memoria leída en la Academia Matritense de Legislación y Jurisprudencia, por Ernesto Castellar. —Un volúmen de 63 págs. en 4.ª Madrid, 1879.

El Sr. Castellar se ha propuesto en este trabajo defender la unidad legislativa y proponer su completa realización en nuestra pátria, ya examinando primeramente la cuestión en el terreno puramente especulativo, ya tratándola luego desde el punto de vista práctico y atendiendo á las actuales circunstancias de la legislación española.

El primer punto está tratado con brillantéz y gran seguridad, lo mismo bajo el aspecto histórico que bajo el de la crítica; la segunda parte redúcese á un breve estudio comparativo, hecho con bastante fino y desahogo, de las variadas y opuestas instituciones legales que rigen en nuestro suelo.

De todas suertes, el trabajo del Sr. Castellar es útil é interesante para todos los juriconsultos.

INGERTO, PODA Y FORMACION DE LOS ARBOLES Y VIDES, con las nociones indispensables de Botánica y Fisiología vegetal para comprender el fundamento de las operaciones, por D. Diego Navarro Soler. —Un tomo en 8.ª francés de 240 páginas, con 170 grabados. —Madrid, 1879.

La Biblioteca de Agricultura que el Sr. Navarro Soler publica en Madrid con grande acierto, se ha enriquecido con un nuevo é interesante volúmen. La importante materia que lo ha motivado aparece tratada en él con notable abundancia de datos, obtenidos de los buenos autores antiguos y modernos, de las observaciones prácticas de muchos arboricultores y de las últimas publicaciones hortícolas del extranjero.

Ilustrado, además, el texto de este libro por numerosos y variados dibujos que dan perfecta y clara idea de aquel, constituye el todo una de las más recomendables obras en este género tan útil como digno de atención.

El *Ingerto, Poda y Formacion de los Arboles y Vides* hállase de venta al precio de 12 rs. en la librería de la señora viuda de Heredia.